

a dos años de cárcel, y a los espectadores sólo dos meses con el mismo castigo; pero la severa ley olvidó a los músicos que acompañaban el baile. Esto hace mucha gracia al comentar.

Por último, otras cartas refieren las calamidades que acontecieron en aquellos tiempos. Una mujer cuenta los sucesos que pasó en Veracruz, cuando el pirata Lorencillo atacó este puerto. A la lista de innumerables sufrimientos se agregan los de un jesuita, quien hace la historia de la *expulsión y trabajos de los jesuitas mexicanos*, quienes después de grandes y penosas caminatas, embarcan para Europa, donde cumplen su condena en los Estados del Papa.

C. V.

MAX AUB, *Algunas prosas*. "Los Presentes". México, 1954. 64 pp.

El autor de estas prosas expone su propia retórica. *Recta retórica* es el formulario que le han dictado sus años de aprendizaje; pero los resultados son contradictorios. Dos líneas de conducta se cruzan: generosidad, egoísmo, y como resultado ofrecen la inconciencia. Primero, dice, hay que: "dar todo lo que se tenga y un poco más, hasta quedar vacío". Y luego, un poco más adelante, contradice su generoso impulso inicial: "Escribo para mí y para olvidarme de mí. Nadie me escucha y no me importa". Reflexiona sobre la utilidad de su arte, en el que sólo ve una manera fácil y agradable de matar el tiempo. Para él, la literatura ha dejado de ser un juego peligroso, para convertirse en una verdadera evasión, la huida de sí mismo. Lejos de todo compromiso, emoción, peligro, se entrega a un duermela de sus facultades: "Sólo se puede escribir cuando se tiene sueño. Escribir sirve para no pensar — y descansar".

Pero no todo es inconciencia, porque no llega al término de sus conclusiones, a una literatura involuntaria del sueño. Siente cansancio, y no arriba al recóndito mundo de los sueños, al que sólo unos cuantos han conquistado. Max Aub se queda en el límite, y se declara por la subjetividad: "Se escribe como se puede; todo sale por una abertura estrecha. Todo es convencional. Lo que cuenta, siempre, son los márgenes, lo que se queda al margen, lo que se pierde."

Se pueden hallar en estas prosas otros ingredientes que no se mencionan en *Recta retórica*, cuya importancia, diré, queda al "margen". Por lo que deben ser puestos, con justicia, en primer término: la fanta-

sía, el color, la ironía. Con estos elementos Max Aub nimba el contorno de la realidad que presenta, y le impone su sello propio, su retórica.

En los cuentos fantásticos: *Muerte, El fin, Ese olor, La gran serpiente, Trampa, Recuerdo*, el lector se sorprende ante los caprichos de la que un tiempo se llamó, la loca de la casa, ya que en estos relatos todos los porqués quedan sin respuesta. Pero ya no agrada este tipo de sorpresa, hoy poseemos un concepto más funcional de la fantasía, le exigimos una finalidad y una lógica propia. La fantasía sin objeto, resulta para nosotros una receta tan anticuada como las sangrías.

En las prosas descriptivas: *Playa en invierno, Amanecer en Cuernavaca, Turbión, Trópico noche*, el color predomina sobre la línea. El toque impresionista que logra es efectivo. Max Aub reparte el condimento, el color, con generosidad, y los perfiles casi se pierden. Sus paisajes están nimbados por una suave niebla emotiva que actúa con eficacia sobre la sensibilidad de los lectores. Aquí, más que citar la posible influencia de un Juan Ramón Jiménez, debemos recordar que la niebla, maestra de los pintores, los enseña a fundir los contornos dentro de un ambiente que acerca a la realidad, a la atmósfera envolviendo los objetos, y a no pintar seres desarraigados de la naturaleza. Pero Max Aub no sólo usa el color en sus paisajes. En *Ese olor*, el olfato es atormentado por un equivalente de la náusea sartriana, es un olor peculiar, indefinible, el olor de la muerte, que aquí por sinestias se transforma en un color que se puede oler. El rojo recorriendo la escala cromática degenera en hedor, y luego en la sensación angustiosa del hombre ante la nada: "Es rojo, rojo pardo, rojo sucio, rojo verde, rojo oscuro, rojo negro, rojo corrupto, rojo carroñoso, rojo basura, rojo fétido, rojo sangre, rojo sinuoso, rojo disimulado..."

Cuando Max Aub encara la trágica pequeñez del hombre frente al infinito, se defiende con la fórmula mágica del buen burgués, la ironía: "Figuraos las reacciones que originaría la inmediata desaparición del cuerpo al escapársele la vida. O, al revés, pensad que los cadáveres permanecieron para siempre incorruptos..." Y también frente al problema del amor mercenario, se burla: "Decidme si conocéis algo más perfecto. ¡Oh maravilla del di-

nero!" El escepticismo completa la fórmula defensiva de la burguesía, ante todo lo que considera un mal insoluble: dejar hacer, dejar pasar.

C. V.

ARCHIBALDO BURNS, *Fin. Los Presentes*. México, 1954. 120 pp.

Es notable el primer capítulo, porque bien podría ser el de otra narración. En un ambiente intelectual y aristocrático, se presentan varios personajes interesantes que no reaparecen, y esto es lamentable, ya que tanto prometen en sus breves existencias. Los Jiménez, el filósofo, y la niña bien, nos niegan su conversación brillante, en la que se plantean los problemas de nuestro mundo en crisis, tal vez, un: "ahí vienen los comunistas", los hizo ir a buscar el olvido en las bebidas del *Versalles*, pocos de sus rasgos nos son revelados; pero a través de sus diálogos adivinamos la redondez y la realidad de sus existencias vívidas. De esta amnesia, sólo se salvan los elementos indispensables para un triángulo amoroso: "Dos hombres y una mujer. Amigos. La mujer es pseudoamante de uno de ellos... ella se acostaba con cualquiera."

Juan y Joaquín se complementan, son los polos opuestos, llevan una amistad demasiado desigual que toca el dintel de la identidad absoluta, son las dos caras de una moneda. Uno encarna la acción y el otro el pensamiento, la luz y la sombra, y tanta simetría produce el efecto de la fusión en un personaje único. Olga no cuenta, es una mujer cualquiera, que sólo adquiere significado a través de las subjetividades de los dos amigos.

La historia que aquí se relata es breve, hay que descontar, aparte del primer capítulo, el segundo que aunque bien logrado, no cuenta para el desarrollo de la narración, así es que propiamente la acción se reduce a los tres últimos, suficientes para afirmar la calidad del autor en un primer libro. Joaquín se ausenta, y el peso de la obra cae sobre la subjetividad de Juan, quien vive sólo para recrear continuamente en su imaginación las existencias de la amada y el amigo. El monólogo se impone, y la mayor parte del tiempo es demasiado abstracto. Al fin el conflicto se soluciona. La mujer muere, y los amigos rompen la amistad.

El drama se presenta sobrio. El autor no se hace ilusiones; no pretende resolver los males del mundo: "El que las cosas se averigüen, nada significa. Nunca son como se quisiera

que fueran. Son, simplemente." Aquí sólo se presenta el conflicto del hombre ante su soledad irremediable. El realismo es la nota dominante.

Archibaldo Burns describe el mundo que lo rodea, la ciudad, las calles que conservan sus nombres. Muchos objetos surgen del mundo de sus recuerdos, y sólo su imaginación los ordena. Pero la creación es auténtica, nos hace olvidar sus defectos. Nos aproxima a una realidad mexicana verdadera, que no es un mero alarde de color local.

C. V.

MANUEL MEJÍA VALERA, *La evasión*. Los Presentes. México, 1954. 20 pp.

El peruano Mejía Valera logra en estos cuentos la única razón de ser de la literatura, la belleza. Este cuentista domina la estética y la gramática. Si bien, su expresión no aspira a metáforas brillantes, en cambio ofrece de principio a fin una calidad sostenida. Un clima emotivo, sin variaciones bruscas, ampara la descripción de estados de ánimo, ya que en estos cuentos poco sucede, y la narración se limita casi a describir los productos íntimos del complicado aparato de la mente humana que imagina los sucesos antes de que éstos sobrevengan. A veces, una acción por realizarse, como un puente entre la imaginación y la realidad, pone el punto final: "tendré que escribir una nota bibliográfica el próximo domingo." O en otro: "Sólo estaré con ella unos minutos. Iré a la reunión del partido." Si encontramos imágenes desligadas, éstas son un esfuerzo por reproducir la realidad interior; pero del caos nace el orden; cada una de las palabras está medida y pesada, como los fragmentos de un rompecabezas; cada elemento filológico contribuye a la redondez de esta creación limpia, pulida, ajustada. La unidad fondo-forma ha pasado por un proceso de severa purificación, nada queda que desentone en el conjunto.

Apacible venganza. Un complejo de inferioridad lleva al protagonista al desquite en contra del amigo que envidia, lo embriaga; pero la venganza, arma de doble filo, recae también sobre el vengador. Se narra el estado de embriaguez, en el que se mezclan los sucesos recientes con los recuerdos remotos de la infancia, en donde se originó el trauma que produjo el complejo.

La evasión. Otra vez recuerdos de la infancia, escritura automática metáforas deshilvanadas preparan la lucha de un crítico con su conciencia,

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

quien al fin claudica ante la amabilidad de un mal novelista que le invita unas copas, se promete comentar la novela que desprecia.

El encuentro. Cortado en el mismo molde del anterior; pero aquí la narración es más íntima; no toca el suceso que promete el título.

Deus laudem tuam. Por el monólogo de una mujer sabemos de su amor sacrilego con un fraile, esto poco antes de morir, ya que ella fué condenada a la hoguera por un tribunal eclesiástico, y dentro de no mucho tiempo será ejecutada.

Y al séptimo día. Es el fracaso de crear un ser humano en el laboratorio. Todo estaba listo; pero la voz humana no pudo ser lograda.

Canción de la higuera. Poema en prosa que cierra este cuaderno, de cuyo autor esperamos, por su juventud, cada vez mejores obras.

C. V.

HÉCTOR MENDOZA, *Las cosas simples.* Comedia en tres actos y un entremés. Studium, 6. México, 1954. 84 pp.

La acción se desarrolla en un café-nevería cercano a la Escuela Nacional Preparatoria, en la Ciudad de México. Los personajes, estudiantes de ambos sexos, cuya edad varía entre los 18 y 21 años, invaden el café antes o después de las clases. Salen y entran con el mismo ruido. Sus carcajadas, gritos, injurias, se mezclan con la música de la sinfonola. Los personajes apenas se distinguen del coro. Creados del mismo material, sobresalen unos minutos de entre sus camaradas, para luego fundirse en el grupo. El anhelo de actuar como si fueran adultos, es el distintivo dramático que los aparta de los demás. A Andrés y Ricardo, les toca en suerte hablar, descubrir los anhelos de la masa estudiantil: "un coro de niños que juegan a ser mayores con cosas verdaderamente simples..." Los otros cubren las apariencias, el prestigio del clan, la conducta superficial, el descaro típico de los jóvenes, siempre sin dinero, dispuestos a armar alborotos, a descansar, y a ocuparse de cualquier simpleza que no sea el estudio. Mendoza profundiza en los móviles psicológicos de esas conductas aparentemente ilógicas. Y demuestra que estos actos poco racionales responden al complicado mecanismo de defensa ante la realidad, y del resentimiento por los deseos frustrados. Los jóvenes aspiran a la libertad, al amor, a tomar sobre sí mismos las responsabilidades de los adultos; pero

Tras de un largo y doloroso tránsito, tras de un inicuo errar, en su doble significación de caminar y equivocarse, el hombre pudo un día detener el paso, mirar a su alrededor y oírse a sí mismo. ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?, pudo preguntarse confusamente. De lo primero no tuvo, ni ha tenido después respuesta alguna que lo consuele, que le dé conformidad. De la segunda pregunta ha averiguado algo cierto, fatal: que camina inexorablemente hacia la muerte; que donde el pobre río acaba, la inmensa mar nos espera.

Sentado en los labios del río miró correr el agua, dócil a su cauce, ya alegre, ya ágil, ya claro; pero a veces también turbio, torpe y quejumbroso, ni más ni menos que nuestras vidas con la que los ríos han sido comparados. Advirtió con dolor que así como el río no puede remontar su curso, las horas que el tiempo devora pasan para siempre. Y sosegó su ánimo, frenó sus impulsos igual que el mar al dócil freno de la playa, refrena su estruendo. De aquel primer hombre que se preguntó de dónde venía y a dónde iba, que miró correr el agua viene la capacidad de sosiego, de mansedumbre que el río suscita en el hombre y lo mueve a concordia con la vida. Así como el río se va de cabeza al mar, así nosotros nos vamos de cabeza a la tumba.

Nada avasalla a la muerte como no sea el eco de la palabra hermosa. Nada vence al tiempo, como no sea aprisionar de un modo perfecto, redondo, un instante de nuestra vida y de las cosas. En la poesía y en la pintura el hombre encontró una manera de dar eternidad a lo fugaz, efímero, cambiante y pasajero.

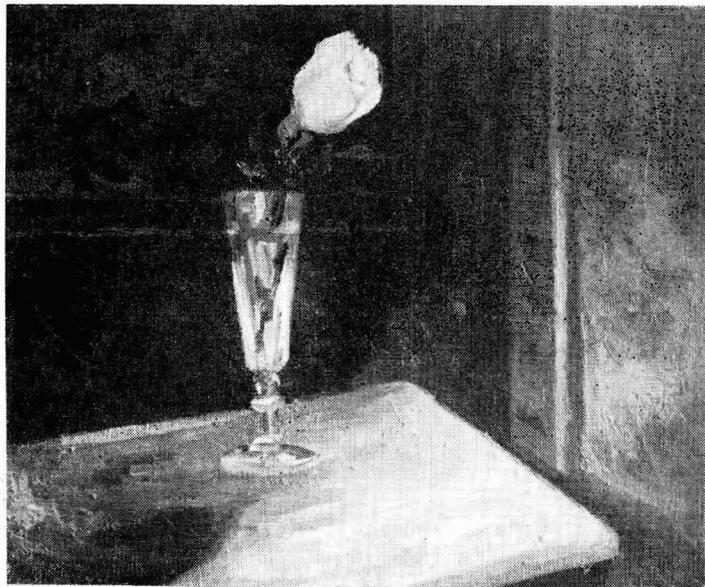
Los poetas, aun los que no escribieron, encontraron en las flores el símbolo de lo efímero, de lo que en relación con el tamaño del tiempo casi no ocurre. Es muy breve el reinado de las flores dijo entre nosotros Netzahualcóyotl, hermano de Salomón y de Anacreonte.

Tan fugaz, fugitiva, efímera es la rosa que el capullo es a un tiempo cuna y urna. Dobra la cerviz, languidece, muere ante nuestros ojos asombrados.

A lo largo del tiempo, los poetas y los pintores se han detenido ante esta otra imagen de la vida, cifra de la perfección, resumen de sinónimos, madre de adjetivos, para dar caza a su esencia más nítida, pristina y eterna. Y frágil y gentil y agónica y mortal, llega hasta nuestros días fresca y lozana, recién amanecida, intacta en su definición.

Un gran pintor español, Miguel Prieto, tras de un laborioso, largo y doloroso asedio ha logrado asir una imagen permanente, inalterable de una rosa, flor de las flores, como dice una canción popular mexicana. Sola, señera, señora de la casa del pintor se la mira superar los bordes de la copa que la sostiene e insinuar una reverencia, ella que a todos avasalla.

El tiempo que no cesa de correr detuvo aquí su paso. Y la rosa que resistía sobre sus pétalos mil adjetivos, tiene en la rosa inventada por Miguel Prieto, dos nuevos, insólitos: eterna, inmarcesible.



aunque físicamente están capacitados, la sociedad moderna es demasiado complicada para permitir la realización de los simples deseos de la juventud. El mundo de las máquinas y de los intereses económicos pertenece a los adultos, los adolescentes no tienen ningún derecho, su único derecho es el de esperar el paso de los años, llegar a ser viejos. Pero Mendoza toma venganza literaria contra los mayores, ya que en su mundo estudiantil no tienen cabida, sino como representantes del vicio o la estupidez. Sue es una prostituta que de continuo mide y pesa la realidad, las ganancias. Así como Federico, el burgués que sólo piensa en el dinero, y que sacrifica a su hija en un trabajo agotador. La adivinadora y la loca, seres grotescos que caen al escenario como una tormenta de locura, y provocan risas y lágrimas en los estudiantes.

El plano de la acción se desarrolla dentro de un realismo absoluto, apuntes directos de la realidad, fotografía, abuso de la jerga estudiantil, entradas y salidas continuas, atropelladas, tumulto, pantalla panorámica, personajes amontonados en la escena. Las fábulas, numerosas y sentimentales. La principal, es el triángulo amoroso Sue, Ricardo y Catalina. Esta historia parece un "trozo de la realidad", se apoya en apuntes psicológicos, en el continuo contacto con la posibilidad de ser real, y en el sentimentalismo caótico de la juventud. Pero del nivel realista, parten varios incidentes, gortescas flores de la realidad, que causan el efecto de lo maravilloso que rompe, a veces la monotonía de la vida diaria. La loca y la adivinadora, mugre y charlatanería, andrajos y locura, equivalen a los monstruos del teatro antiguo, seres contruidos con una suma de elementos dispares, auténtica creación artística que apartó de la imitación dócil de la naturaleza; aunque aquí sólo valen como imitación de los productos de la miseria y la desigualdad social. El entremés culmina en el terreno de la fantasía, es el sueño que muestra el subconsciente de los personajes; aquí prospera el clima de los cuentos de hadas; los diálogos irracionales, las imágenes infantiles. Los símbolos del sueño prefiguran el remedio de todos los males de la juventud, la espera, el tiempo.

El autor de *Las cosas simples*, a los 22 años, demuestra poseer más sinceridad y dominio literario, que comediógrafos de más edad y experiencia.

C. V.